

sar en ese lecho y siempre lo amó y estuvo de acuerdo con el Padre. Por eso, ese lecho es mi lecho, porque en ese lecho, que es la misma cruz de Cristo, que El llevó en su cuerpo y mucho más en su alma, yo hallo mi lugar y mi reposo.

Por eso, ese lecho es el mío, y en él quiero morir, y por él confío en que me salvaré. Y la felicidad que espero de esas manos y de esos pies y de esas llagas de los clavos que traspasaron esas manos y esos pies sobre ese lecho, no puede ser narrada. Entonces me pongo a cantar y así me dirijo al Hijo de Santa María:

“Lo que siento, no sé decir;
de lo que veo, no quiero partir;
por eso mi vivir es morir;
atráeme, pues, a ti”.

Pero al decir esto y al recordar a Aquél del cual o al cual hablaba, repentinamente no puedo hablar más y la lengua enmudece. Más tarde, al volver en mí de ese estado, el mundo y todas las cosas que en él hallo, me apremian para anhelar mayormente lo que he visto. Por eso el deseo de morir es mi pena mortal.

El mensaje de San Francisco

Yo, fraile, constaté y lo supe de la misma Angela que la pena, que consistía en su deseo de morir y que mucho la torturaba, le fue quitada. No se trataba de que no tuviese deseo de morir, sino que ya no estaba tan atormentada como antes.

Su alma muy a menudo se elevaba hacia Dios tanto que ella me decía que los éxtasis se enlazaban los unos con los otros, y que casi siempre eran nuevos, ya que lo que experimentaba en un arrebató, no lo experimentaba en el siguiente, sino de manera casi siempre diversa, porque experimentaba algo nuevo. Ni la comida ni la conversación ni otras actividades obstaculizaban la elevación de su mente o de su espíritu en Dios. Por esto su compañera con toda solicitud la asistía mientras comía, porque a menudo se olvidaba y había veces en que

muy poco podía tragar. También advertí que lo que me decía hoy, apenas lo recordaba al otro día. Mientras me hablaba, durante el mismo discurso se olvidaba de las palabras que acababa de pronunciar tanto que no era capaz de repetirlas. Estos hechos se manifestaron, como me parece, en el séptimo paso.

Después de lo ya transcrito, Ángela me dijo que su alma estaba en el gozo y nadaba en el gozo porque había comprendido que el amor es medida y que el espíritu es dado según medida.

Me repetía: “Mi alma está en el gozo y en él nada”. Y como yo, apoyándome en la Escritura (Jn. 3, 34); le hacía alguna objeción, así me contestó:

Desde luego es verdadero cuanto dice la Escritura divina y no se opone a lo mío. Es verdadero lo que ella dice: que Dios no da el espíritu con medida; todavía mi alma nada en el gozo, porque a todos los santos y hasta al propio Hijo de Dios da con medida ³⁸.

Y añadió:

No hay nada que me permita conocer más completamente a Dios que el conocimiento de Dios a través de sus continuos juicios. Cuando por la mañana o por la noche le rezo a Dios mi oración: “Oh Señor, líbrame por tu venida, por tu nati-
vidad y por tu pasión”, mi mayor gozo consiste en repetir con confianza; “Oh Señor, líbrame por tus santos juicios”.

Aquí, yo fraile, comprendí que ella decía las cosas más asombrosas del mundo. Algunas cosas comprendía; pero si

³⁸ La Escritura, a que se hace alusión, dice (Jn. 3, 34): “El Enviado de Dios habla Palabras de Dios, que le comunica su Espíritu sin medida”. La expresión de Ángela no es clara, ya que no puede concebirse la medida con la sin-medida. Se trata sin duda de aspectos diversos.

Nosotros pensamos que Ángela, al hablar de *medida*, quiere decir capacidad. Y ciertamente Dios da a cada uno según su capacidad, o acrecienta esa capacidad para que pueda recibir más.

bien ella se esforzaba por explicármelas, no llegaba a explicármelas del todo, ni yo llegaba a comprenderlas para transcribirlas.

Quiero subrayar aquí y encarecerlo a la memoria del lector un pensamiento que fue revelado a Angela cuando comenzamos a escribir. Y yo lo relaté en el mismo punto donde ella me indicó, es decir, en el segundo paso de la divina unción. En ese entonces me dijo:

Oí una palabra que Dios me dirigió y que decía: “Haz anotar al fin del libro que estáis escribiendo que, de cuanto escribís, sean dadas gracias a Dios. Y todo el que quiere conservar la gracia, no quite los ojos del alma de la cruz que yo, tanto en la alegría como en la tristeza, le doy o le permito.

Por eso digo a Dios: “Líbrame por tus santos juicios”, porque no advierto mayor bondad de Dios en un hombre bueno y santo ni en muchos hombres buenos y santos, que en un condenado o en una multitud de condenados. Este misterio no me fue revelado sino una sola vez, pero jamás me olvidé de él y de su alegría. Y aunque todos los argumentos de la fe se desvanecieran, este sólo me bastaría: la verdad de Dios en sus juicios, es decir, de la justicia de sus juicios. ¡Oh! ¡Cuán profunda es esta verdad! Pero todo coopera para el bien de los buenos, ya que toda alma que tuviere el conocimiento de esos juicios y de su profundidad, sacará fruto de todo, como también del conocimiento del nombre de Dios.

La inteligencia del alma puede explayarse ampliamente, pero eso es nada en comparación a lo que el alma entiende cuando es elevada por encima de sí misma y es colocada en el seno de Dios. Entonces se goza y descansa en esos bienes divinos que están por encima de toda comprensión humana y por ende son indecibles. Allí el alma nada; allí el alma entiende el sentido de las palabras de Cristo que a veces parecen duras y misteriosas. Y, además, comprende por qué el alma de Cristo padeció un dolor sin medida. Cuando el alma se ha transformado en la pasión de Cristo, encuentra en ella un dolor tan grande que no puede hallar ningún alivio.

Por esto, mi alma meditando sobre ese dolor no puede hallar ninguna alegría. Cosa que no le sucede cuando medita sobre la pasión del cuerpo, porque entonces después de la tristeza halla la alegría. Pero el alma sabe recoger esta diversidad, como se ha dicho. Y así comprende el agudo dolor del alma de Cristo, mientras se hallaba en el seno de la Madre, y los dolores que vendrían después, si bien no hubiere tenido experiencia. Y así penetra los juicios de Dios.

Una vez, mientras asistía a la Misa conventual, Angela oyó unas palabras de Dios que aquí no están escritas. Al acercarse el celebrante al momento de la comunión, ella oyó al Señor que le decía: "Hay muchos que todavía me hieren y hacen brotar sangre de mi costado". Y veía y comprendía que esas palabras le eran dichas desde la hostia, que el celebrante acababa de partir. Entonces ella pensó y oró: "Señor, ¡que este sacerdote no sea así!". Dios contestó: "¡No lo será jamás!". Después ella dijo:

Mientras mi alma, sumergida en el gozo, se hallaba en el seno de la Trinidad, dentro de ese sagrario en el cual se deposita el cuerpo de Cristo, comprendía que El se halla en todo lugar y lo llena todo. Entonces el alma, presa de admiración porque se sentía derretir de delicias en el sagrario —¡experimentaba de verdad un inmenso júbilo!—, embelesada de felicidad preguntó: "¿Por qué me gozo tan intensamente en este sagrario? Ya que tú, Señor, te hallas en todo lugar, ¿por qué no experimento igual alegría en todo lugar?". El me contestó con palabras tan oscuras que no las recuerdo bien. Pero dijo: "Estoy preso en esta celda a causa de las palabras que hago pronunciar, y lo hago por un milagro singular".

Un día yo, fraile, le di la comunión, y como la sierva de Cristo en cada comunión estaba acostumbrada a recibir una nueva gracia, le pregunté si estaba contenta de esa comunión. Me contestó que, si se pudiera, quisiera comulgar todos los días, y añadió que en esa comunión le había sido concedida una gracia de divina consolación. Había comprendido y expe-

rimentado con toda certeza que la comunión hace pura al alma, la hace santa, la hace fuerte y la alimenta. Estas cuatro cosas, más que en el pasado, su alma las había comprendido y experimentado en esa comunión. Y añadió que fue la palabra de Dios a explicarle cómo la comunión aprovecha tanto a las almas según esos cuatro modos.

Una vez mientras celebraba la Misa, durante la elevación, el alma de Angela fue inundada por una inmensa felicidad y le fue dicho;

“Este es el Hombre que fue crucificado”, y mi alma lo veía. Después de escuchar esas palabras, mi alma no se detuvo en ellas sino que súbitamente fue arrebatada. Instantáneamente se realizó en mí una misteriosa operación, que es operación de silencio, porque no se puede describir. El alma fue elevada más allá y quedó envuelta en la divinidad. Y una voz le habló: ¡“Este es toda la alegría de los ángeles; Este es todo el gozo de los santos; y Este es toda tu felicidad!”. Estas palabras eran mucho más agradables que las que tú transcribiste, tanto que casi ni las reconozco.

Otro día, siempre durante la Misa, le fue dicha una palabra que no recordaba exactamente, pero cuyo sentido era éste: son bienaventurados no tanto los que leen la Escritura, cuanto los que la ponen en práctica. Y decía que ella había comprendido que toda la Escritura halla su cumplimiento en la vida de Cristo.

Una vez, en la iglesia de San Francisco, mientras fray Apico celebraba la Misa y yo conversaba con ella, me refirió cosas altísimas, jamás oídas, muy sublimes, que le habían sido reveladas durante la Misa. Eran palabras tan preciosas que un fraile, al que yo y Angela se las habíamos comunicado, y que estaba con nosotros, cuando ella las relató, me exhortó a escribirlas. Pero como estaba por partir, no pude escribirlas en ese momento. Después de muchos días, deseando ponerlas por escrito, rogué a Angela que me las dijera de nuevo; pero, no recordando ella los detalles, ni yo tampoco, sólo le fue posible hacerme una breve reseña:

Mi alma fue elevada hacia una felicidad tan grande y novedosa que jamás había experimentado antes ni por ese camino ni de esa manera. Me fue dirigida la Palabra de Dios, y también escuché la voz de San Francisco, dulcísima y novedosa. Así me pasó. Mientras se celebraba la Misa, mi alma estaba y se alegraba en esos gozos que experimentó su alma cuando salió del cuerpo; como me parecía. Entonces estalló en mi alma una exultación tan grande e indecible que, si ya no supiera que Dios lo hace todo con medida, me atrevería a decir que esa alegría fue suma y sin medida.

En aquel momento oí decir: “Yo soy Francisco enviado por Dios. ¡La paz del Altísimo esté con vosotros!”. Y llamándome me dijo: “¡Oh luz, hija de la Luz, que es la Luz de todas las luces!”. Y me dijo otras cosas que aquí no se escriben. Y añadió: “Encaréceles mi testamento, o sea la herencia que yo he dejado —aludía a la pobreza que había dejado a los suyos para que la guardaran—, y encomienda a los que me siguen, que amen lo que yo amé”. Y comprendiendo que era la voz del bienaventurado Francisco, se me acrecentó la alegría. Y después de una larga conversación con el Santo llegó la operación divina que solía suceder en mi alma y que confirmó sus palabras. Y hasta que quedé en Asís, por más de diez días, diariamente disfruté de las palabras de san Francisco.

En ese mismo día tuve un arrobamiento tan noble y una comprensión tan clara de la venida de Dios en el sacramento del altar, que ni antes ni después tuve jamás semejante experiencia. Y me fue mostrado de qué modo Cristo viene con su compañía. Y llegaba a complacerme en Cristo y en su compañía, mientras no estoy acostumbrada más que a gozarme en Cristo. Y quedé estupefacta al ver cómo podía deleitarme en El y en su compañía. A El y a su compañía los comprendía de manera diferente, pero igualmente gozaba de ellos.

Me fue dicho que los de esa compañía eran Tronos, si bien no comprendía lo que significara la palabra: Tronos. Y vi que esa compañía estaba formada por un cortejo tan numeroso que, si no supiera que Dios hace todas las cosas con medida, hubiera creído que esa compañía fuera sin medida e innume-

nable. Y me fue dirigida esta Palabra de Dios: “Hay almas a las que yo llego, pero paso”; y después: “En muchas ciudades no hay almas en las que yo pueda descansar, como descanso en tu alma”. Y me fue dado un elenco de esas ciudades; pero no lo recuerdo.

Entonces yo, fraile, le pregunté si ese ejército, ya que se trataba de un ejército, tenía alguna medida a lo largo o a lo ancho. Ella me contestó que no tenía medidas de longitud ni de latitud, sino que era una cosa inefable.

Visión de Dios sobre las tinieblas

Algún tiempo después de lo transcrito, la sierva de Cristo así respondió a algunas de mis preguntas:

En la cuaresma pasada sin darme cuenta me hallé toda en Dios de una manera más plena que lo acostumbrado. Y me parecía hallarme en medio de la Trinidad, como jamás me había sucedido, recibía mayores regalos que de costumbre y en ellos me hallaba sumergida constantemente. Y hallándome en Dios de esta manera, yo estaba colmada de gozo, embriagada de felicidad. Mientras disfrutaba de esos bienes y de esos gozos sublimes e indescriptibles —que van mucho más allá que toda anterior experiencia—, se realizaban en el alma operaciones divinas tan inefables que ningún santo ni ángel podrían narrarlas o explicarlas. Me doy cuenta y comprendo que esas operaciones divinas, de una profundidad abismal, no pueden ser comprendidas ni por ángeles ni por nadie, por inteligentes y capaces que sean. Pero lo que digo lo digo tan mal y tan bajamente que me parece estar blasfemando.

Y fui sacada y apartada de todas las cosas de las que antes disfrutaba y en las que descansaba todo mi gozo, y que eran: la vida y la humanidad de Cristo; la contemplación de esa misteriosa compañía que el Padre desde toda la eternidad tanto amó hasta donarla a su Hijo, compañía formada por el desprecio,

el dolor y la pobreza de Cristo y por la cruz que se había convertido en mi descanso y en mi lecho. En todos estos bienes mi alma estaba acostumbrada a embriagarse de felicidad.

También fui privada de ese modo de ver a Dios en medio de las tinieblas lo que constituía todo mi gozo. Y fui sacada de ese estado anterior con un tránsito tan suave y adormecedor que no lo percibí. Ahora sólo recuerdo que no poseo más los bienes de antes. En la cruz que ha sido toda mi delicia, mi descanso y mi lecho, nada más hallo. En la pobreza del Hijo de Dios nada más hallo. Y nada hallo en todas las operaciones espirituales que se realizan en el alma.

En toda esa dinámica sobrenatural, ante todo, Dios se presenta al alma para realizar en ella operaciones divinas e inefables; luego se comunica al alma manifestándosele y regalándola con dones aún mayores. Y el alma goza de una certeza mayor y de una claridad inefable. Dios se presenta al alma de dos maneras.

En el primer modo se presenta en lo íntimo de mi alma. Comprendo que está presente y comprendo que está presente en toda criatura y en todas las cosas que tienen el ser: tanto en los demonios como en los ángeles buenos, tanto en el paraíso como en el infierno, tanto en el adulterio y en el homicidio como en toda obra buena y en todo lo que existe o de cualquier manera posea el ser, tanto en lo hermoso como en lo vergonzoso. No lo veo menos presente en un demonio que en un ángel bueno. Estando en esta verdad, no me gozo menos en Dios viendo y considerando a un demonio o a un adúltero, que viendo y considerando a un ángel o una obra buena. De esta manera Dios está constantemente presente en mi alma.

La presencia de Dios aporta al alma luz, verdad y gracia divina. Y cuando el alma lo ve así presente, no puede ofenderlo en nada y alcanza muchos favores celestiales. El alma, advirtiéndolo su presencia, mucho se humilla, sufre confusión por sus pecados y recibe preciosos dones de sabiduría y un intenso consuelo de alegría divina.

En el otro modo, Dios se presenta al alma de una manera muy especial y muy diversa de la anterior y comunica una fe-

licidad distinta, ya que El me acoge enteramente en sí. Y realiza en el alma muchas operaciones divinas con gracias aún más grandes y con una profundidad tan insondable e inimaginable, que esa sola presencia de Dios, aun sin los demás dones, constituye ese Bien, que los santos gozan en la vida eterna.

Acerca de los dones en el paraíso, algunos santos tienen más, otros menos; y estos dones —aunque no pueda describirlos porque mi palabra es más capaz de devastar y blasfemar que de expresar—, son expansiones del alma, por medio de las cuales el alma se hace más capaz de acoger y poseer a Dios.

Apenas Dios se presenta al alma, inmediatamente se le manifiesta y se le revela, dilata esa alma y la regala con dones y dulzuras que jamás había experimentado y con una profundidad sin precedentes.

Entonces el alma es liberada de toda tiniebla y llega a un conocimiento de Dios que va más allá de toda expectación, con tal luminosidad, con tal certidumbre y con tal insondable profundidad que no hay mente humana que lo pueda pensar o comprender. Tampoco mi corazón podría volver más tarde a pensar o a comprender algo de esas verdades, a menos que Dios otorgue al alma elevarse hasta ellas, porque de ninguna manera el corazón humano podría llegar hasta ahí ³⁹.

Nadie tiene la posibilidad de decir nada, absolutamente, porque no hay palabra que pueda comunicar o expresar esta experiencia, ni hay inteligencia ni pensamiento que pueda llegar a captarla, tanto supera ella a todo. Como sucede con Dios, que no puede ser explicado por nada. ¡Realmente Dios no puede ser explicado por nada!

La sierva de Cristo afirmaba resueltamente que Dios no puede ser explicado de ninguna manera. Y decía:

³⁹ La anterior visión de Dios en las tinieblas es superada por un mayor grado de visión, de arrobamiento y de felicidad, que mucho se asemeja a la visión intuitiva de los bienaventurados en el paraíso. Esta visión puede ser llamada: "Visión de Dios sobre las tinieblas". En ella el campo visual tiene mayor amplitud, los sentimientos son más intensos, la disponibilidad del espíritu es total, ya que descansa y nada en el seno de la Trinidad, fuente y cumbre de toda felicidad y de toda eternidad.

La divina Escritura es tan sublime que no hay hombre sabio en el mundo, incluso si está dotado de inteligencia y de espíritu para comprenderla, que la pueda entender tan a fondo que ella no lo desborde, y, sin embargo, algo llega a balbucir. Pero, acerca de esas inefables operaciones divinas que suceden en el alma cuando Dios se manifiesta, absolutamente nada se puede decir o balbucir.

Como mi alma a menudo es introducida en los secretos divinos y contempla los misterios de Dios, comprendo cómo se ha formado la Escritura; cómo sea difícil y fácil a la vez; cómo parece decir y contradecir; cómo algunos no sacan ningún provecho de ella; cómo los que no la observan se condenan, y ella se cumple en ellos; y cómo los que la guardan se salvan. Pero yo me encuentro por encima de todo. Y cuando vuelvo de los secretos de Dios, sólo puedo balbucir unas pocas palabras, del todo exteriores. Esas palabras son extrañas a esas divinas e inefables operaciones que suceden en el alma y de ningún modo pueden acercárseles. Mi decir las echa a perder: por eso digo que blasfemo.

Si todas las alegrías espirituales, las consolaciones divinas y toda la felicidad celestial, que todos los santos que existieron desde el principio del mundo hasta hoy afirman haber recibido de Dios; y si todas las demás delicias espirituales, que fueron muchas y que ellos podían narrar y no narraron, me fueran dadas; y si me fueran añadidas todas las alegrías de la tierra y todos los placeres buenos y malos del mundo pero convertidos en placeres buenos y espirituales; y si éstos duraran hasta su plena consumación, y me condujeran hasta el bien inefable de la manifestación de Dios: pues bien, yo no daría ni cambiaría algo de ese Bien absolutamente indescriptible, aunque fuere un simple pestañeo, por todos esos gozos y felicidades ⁴⁰.

⁴⁰ La genuinidad, la sublimidad y la incandescencia del amor de Angela vibran en estas palabras. Hay dos maneras de buscar a Dios: la mayoría busca los consuelos o los beneficios de Dios; pocos, en cambio, buscan al Dios de los consuelos. El amor de Angela al Todo Bien es un amor personal, total y desinteresado: busca apasionadamente a la persona, no al contorno de la misma.

Te digo todo esto y de esta manera, casi metiéndotelo en la boca, para hacértelo entrar en ti. Este Bien indescriptible que yo poseo, supera infinitamente todo esto de que hablamos. Y yo poseo este Bien, no sólo durante un pestañeo, sino a menudo por un largo espacio de tiempo. La posesión de ese Bien unas veces es más intensa, pero menos frecuente; otras veces es menos intensa, pero casi constante.

Si bien yo puedo recibir del exterior gozos y tristezas, según los días y con medida, con todo, dentro de mi alma hay una celda en la cual no entran ni gozo ni tristeza ni deleite de virtud ni placer de ninguna cosa. En esa celda habita el Todo Bien fuera del cual no hay otro bien. Y en ese despliegue de Dios, si bien yo blasfemo al hablar de ello y al hablar tan insuficientemente dado que es inexpresable, digo que en ese despliegue de Dios consiste toda la verdad. En esa manifestación de Dios veo y poseo toda la verdad que hay en el cielo, en el infierno, en todo el mundo, en todo lugar y en toda cosa; y también toda felicidad que se halla en el cielo y en toda criatura; y lo poseo con tal certeza y tal verdad que de ninguna manera y a nadie podría creer diversamente. Y aunque todo el mundo dijera lo contrario, yo me burlaría de él.

Y contemplo a Aquél que es el ser y del cual procede el ser de todas las criaturas; advierto cómo me hace capaz de comprender estas realidades en modos mucho más interesantes que en el pasado, cuando lo veía en medio de las tinieblas, las que por otra parte me hacían tan feliz. Me veo sola con Dios, toda pura, toda santa, toda verdad, toda rectitud, toda segura y toda celestial en él. Cuando me hallo en tal estado, no me acuerdo de ninguna otra cosa.

A veces, hallándome en ese estado, Dios me dirigió su palabra: "Hija de la divina sabiduría, templo del Amado, delicia del Amado e hija de la paz. En ti descansa toda la Trinidad, toda la verdad. Tú me tienes a mí y yo te tengo a ti".

Entre las operaciones del alma, una me hace comprender con gran intensidad y con inmenso gozo de qué modo Dios descende en el sacramento del altar, rodeado de su compañía. Y cuando salgo de ese sublime estado, en el cual no me acuerdo

de ninguna cosa, reconozco que estoy unida a todos los bienes de que he hablado. Pero a la vez me veo repleta de pecados y esclava de ellos, falsa y sucia, toda engaño y error. Sin embargo no pierdo la paz. Y me queda una constante unción divina, que es la más alta entre todas y superior a todas las unciones que jamás haya recibido en mi vida.

A este estado yo fui conducida y elevada por Dios. No llegué con mis fuerzas, porque yo no sabía ni quererlo, ni desearlo, ni pedirlo. Y ahora en este estado me hallo de continuo. Con mucha frecuencia mi alma es elevada por Dios, sin pedir mi consentimiento. A veces sin siquiera pensarlo ni desearlo, repentinamente mi alma es arrebatada por Dios y desde lo alto domino y comprendo todo el mundo. No me parece estar más en la tierra, sino en el cielo, en Dios.

Este estado en que ahora me hallo es sublime y muy superior a los demás estados experimentados. En él se halla mayor plenitud, claridad y certeza y es tan noble y tan extenso que creo que ningún otro estado del pasado puede comparársele.

La sierva de Cristo me dijo que había experimentado esa inefable manifestación de Dios miríadas de veces y siempre de manera nueva. En cada ocasión había sido una experiencia del todo nueva y distinta de las precedentes.

Mientras perduraba la indecible manifestación de Dios en el alma una vez, en la fiesta de la Candelaria, durante la cual se distribuyen las velas benditas para recordar la presentación al templo del Hijo de Dios, mientras se realizaba en mí esa indecible manifestación de Dios, sucedió en mi alma la representación de sí misma. Y el alma se vio elevada a tanta dignidad y altura que jamás, en adelante, podía pensar o comprender que mi alma o las almas que están en el paraíso fuesen o pudiesen ser de tanta nobleza.

En esos momentos el alma no pudo comprenderse a sí misma: ¿cuánto menos podrá comprender a Dios creador, inmenso e infinito? Entonces mi alma se mostró a Dios con la mayor felicidad que jamás haya probado, con una nueva y sublime

alegría y con tan novedoso y esplendoroso milagro como jamás había captado mi alma, ya que en ese momento se realizó en mi alma el encuentro supremo: ME ENCONTRE CON DIOS. Y comprendí y a la vez experimenté la inenarrable manifestación de Dios al alma y la renovada manifestación y presentación del alma al mismo Dios. Y estalló en el alma un deleite embriagador distinto de todos los precedentes. Y me fueron dictadas palabras sublimes que no quiero las escribas.

Cuando, después de eso, volvió en sí, descubrió un hecho nuevo: ahora le gustaba soportar toda injuria y todo castigo por Dios, y sentía que en adelante ninguna cosa, que fuere dicha o hecha, podría separarla de Dios. Por eso mi alma lanzó un grito y dijo: "Señor, ¿puede haber algo que en el futuro me separe de ti?". Y comprendí que se me decía: no hay nada que pueda separarme de Dios. Y ahora vibro de gran regocijo al pensar en el día de la muerte, y nadie puede imaginar cuánto gozo al pensar en ese momento.

Después de todo lo transcrito, la sierva de Cristo me dijo que le fue revelado por Dios, con palabras más maravillosas de las que ella pudiera referir, que ese Bien inefable, de que habló, es el mismo que los santos poseen en la vida eterna. Ese Bien que los santos poseen en la vida eterna, no es más que el mismo Bien de que habló, pero con distinta experiencia. En la vida eterna se verifica una experiencia distinta, tan distinta de lo que se dijo, que el más pequeño santo, que menos posee en la vida eterna, tiene más que todo lo que pueda ser concedido a cualquier alma existente en esta vida antes de la muerte del cuerpo. Y dijo que su alma lo comprendía muy bien. ¡Siempre sean dadas gracias a Dios! ¡Amén!

Me dijo también la sierva de Cristo:

Una vez le pregunté a Dios: "He ahí que tú estás en el sacramento del altar. ¿Dónde están tus devotos?". El contestó abriendo la inteligencia de mi alma: "Dondequiera yo esté, conmigo están mis devotos". Y yo misma me daba cuenta de que era así. Descubría con toda claridad que me hallaba donde

El estaba. Pero estar internamente en Dios no es lo mismo que estarlo exteriormente.⁴¹ Y El es el único que se halla en todo lugar, abarcándolo todo.

Aquí aclaró su pensamiento delante de mí, fraile: “No entiendo esto de todo creyente”. Con ello daba a entender que se refería a los creyentes santos. ¡Siempre sean dadas gracias a Dios! ¡Amén!

Aprobación de Dios

Yo, fraile, después de haber escrito casi por entero este manuscrito, solicité con insistencia a la sierva de Cristo que suplicara a Dios y le pidiera que, si hubiera transcrito algo erróneo o superfluo, en su misericordia El se lo revelara e indicara a ella, para que conociéramos del mismo Dios la verdad de lo escrito. Y ella me contestó así:

Antes que tú me lo pidieras, yo muchas veces rogué al Señor para que me hiciera saber si en todo lo que dije y tú escribiste, hubiera algo erróneo o superfluo, para que al menos pudiera acusarme. Me contestó que todo lo que te dije y que tú escribiste, es todo auténtico, y que no había nada de erróneo o superfluo.

Más bien, añadió que me había comportado con moderación, porque había callado muchas cosas que El me había dicho y que habría podido referir. Y además dijo: “Todo lo que está escrito, es según mi voluntad y de mí procede”. Y añadió: “Yo pondré mi sello”. Y como no comprendía el significado de

⁴¹ La relación del alma con Cristo no es una relación espacial —interior o exterior—, sino espiritual, y se cumple en la unidad de su Cuerpo místico a través de la adhesión de la fe, la conformidad de la voluntad, el gozo del amor y el entusiasmo del servicio. Esa apoteosis de la unión con Cristo eleva al alma a cierta *ubicuidad* mística, realizando en algún modo ya desde esta tierra la oración de Jesús: “Padre, quiero que los que me has dado estén conmigo donde yo esté” (Jn. 17, 24).

la frase: “Yo pondré mi sello”, El me lo aclaró diciendo: “Yo lo rubricaré”.

En fin, yo, fraile secretario, escribí con gran temor y reverencia y también con mucha prisa las palabras que podía captar de los labios de la sierva de Cristo, mientras ella conversaba conmigo, no añadiendo nada mío, desde el principio hasta el fin. Sólo lamento haber omitido muchas de esas preciosas palabras que ella decía, porque no podía ni comprenderlas con mi mente ni transcribirlas.

Ella hablaba de sí en primera persona, pero a veces sucedía que yo escribía en tercera persona por la prisa, sin luego corregir. Y desde el principio hasta el fin no transcribí nada sino es su presencia y cuando ella hablaba. Escribía lo más rápidamente posible, mientras ella pronunciaba sus palabras, ya que estaba fuertemente obligado a apresurarme por las dificultades de los frailes y por las prohibiciones.

Me esforzaba por transcribir exactamente sus palabras, según podía comprenderlas; ni quise jamás escribir después de haberme alejado de ella, ya que me sentía incapaz de escribirlas por temor y por escrúpulo, para que no sucediera que yo añadiera una sola palabra no dicha por ella. Por el mismo motivo, todo lo que escribía se lo leía y releía a ella muchas veces, con el fin de referir sólo y únicamente sus palabras.

Además, con la ayuda de Dios, otros dos frailes menores, confidentes de la sierva de Dios y dignos de fe, escucharon de sus labios y vieron todo el escrito, y con ella lo examinaron ampliamente y a menudo lo sometieron a discusión. En fin, hay un motivo de mayor valor, esos frailes recibieron la gracia especial de que Dios mismo lo certificara, como luego con las palabras y las obras dieron fiel testimonio.

Apasionado llamamiento ¹

Oh hijos de Dios, transformémonos juntos en el Dios-Hombre crucificado. El tanto os amó, oh hijos, que por vosotros se dignó morir de una muerte infame, sumamente dolorosa y amarguísima. ¡Y todo esto sólo por tu amor, oh hombre!

La verdadera señal de los hijos legítimos de Dios es ésta: amar perfectamente a Dios y al prójimo. En cambio el que mucho ambiciona ser servido, es totalmente esclavo. Considerad, pues, oh hijos de Dios, cuánto este Dios-Hombre paciente os ha amado con toda pureza y fidelidad, sin tener lástima de sí mismo sino sacrificándose totalmente por vuestro amor. Este amor puro y esta humilde fidelidad, en cuanto sea posible, a nosotros pobres criaturas, quiere que le sean correspondidos por sus hijos legítimos. Por eso, siempre buscó y quiso tener almas que con fe viva y con fidelidad inmovible sirvieran a Dios que es siempre fiel.

Oh hijos de Dios, este Dios-Hombre atormentado, casi continuamente me va repitiendo que yo es exhorto a que seáis fieles a Aquél que con vosotros es fidelísimo. Y el que es fiel a Dios, es fiel también al prójimo. El Dios-Hombre atormentado nos amó con un amor puro, sincero y fiel, del que dio clarísimo testimonio a través de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Sin embargo, por nuestra infidelidad, no consideramos que por nosotros nació en la pobreza, en el dolor y en el desprecio; no nos detenemos a meditar amorosamente sobre su vida tan mansa y tan divina, tan pobre y humilde, enteramente gastada, por nuestra salvación; no nos anonadamos en su

¹ Esta segunda parte recoge las cartas, las enseñanzas y las exhortaciones de Angela a sus "hijos espirituales". La mayor parte de la redacción de los escritos se debe atribuir no tanto a Fray Arnaldo, sino a otros colaboradores.

muerte tan desgraciada, tan humillante, cuajada de dolores, ultrajes y desprecios. ¿Quién de entre nosotros corresponde a tan divina y constante fidelidad con una fe siquiera pequeña, pero viva y dinámica? Al contrario, como si el nombre de Dios no fuese santo, echamos a nuestras espaldas estas divinas realidades.

Considerad, pues, hijos, con toda vuestra atención, cómo debemos ser totalmente fieles al Dios-Hombre torturado, tan fiel con nosotros. Movido de un amor puro y fiel por nosotros, El se sometió con toda humildad no sólo a las criaturas racionales, sino también a las privadas de razón y de sentido. Si bien Dios sometió todas las cosas a la criatura racional, sin embargo, propiamente hablando están sujetas a su Creador. Pues bien, este Creador, sólo por tu amor, tanto se anonadó, tanto se rebajó y humilló que no sólo a las criaturas racionales sino también a las privadas de razón y de sentido les dio pleno poder para que lo ejercieran sobre El. Concedió a las espinas el poder de clavarse y perforar cruelmente su cabeza divina; concedió a las cuerdas el poder de atarlo a la columna, de apretarlo y de asegurarlo en ese lugar.

Dadme alegría, oh hijos de Dios, quedando fieles a este Dios fidelísimo. Emocionaos profundamente ante esa humildísima fidelidad que guardó por nosotros. El autor de toda vida, sólo por ti, tanto se humilló para exaltarte, que permitió que las cosas materiales lo golpearan y lo desgarraran a El que es el Creador de todo, y lo clavarán a El que es el inmenso.

Concedió a los velos el poder de velarlo a El que es verdadera luz y del cual deriva toda luz y sin el cual todo es tiniebla. Concedió a los látigos el poder de castigarlo durísimamente. Concedió a los clavos el poder de atravesar y dilacerar sus manos y sus pies divinos —¡manos y pies de Aquél que todo lo creó!—. Concedió a ese patíbulo, que se llama cruz, el poder de sostener a su Hacedor y Señor, todo ensangrentado y llagado. Concedió a la esponja, al vinagre, a la hiel y a muchas otras cosas materiales el poder de ultrajar a su Señor y de tener pleno dominio sobre El. Concedió en fin a la lanza el poder de vulnerar, atravesar y desgarrar su divino costado.

Esas criaturas debían, y podían, obedecer a su verdadero

Señor y Hacedor y no al hombre que de ellas abusaba. ¡Oh sí! ¡Que la profunda, fiel e insondable humildad de esa Suma Majestad abata y confunda la soberbia de nuestra nada! El que es el autor de la vida, El que sólo es, quiso ser sometido y aniquilado por criaturas y cosas privadas de vida, para que tú, que estabas muerto y hecho insensible a las cosas divinas, por su anonadamiento, alcanzaran la vida.

Y tú, oh hombre, que eres nada, fuiste amado de manera tan pura y fiel por Aquel que es el ser, por Aquél, que, sólo por tu amor y para darte el ser perfectísimo, quiso hacerse nada.

Esa lanza debía, y podía, doblarse y no obedecer al hombre que abusaba de ella y no perforar y atravesar el costado divino de su propio Hacedor y Señor. Igualmente las demás cosas materiales debían, y podían, no obedecer al hombre que las movía contra su Señor y Hacedor, pero habían recibido el poder de obrar en contra de El. Concedió al mismo diablo el poder de tentarlo y de rodearlo. Concedió a los hombres plenos poderes en contra de El; a sus corazones, la libertad de maquinizar cosas perversas y maléficas en contra de El; a sus sentidos, de blasfemar, de hacer planes, de dar órdenes, de golpear, de desgarrar y de crucificarlo y matarlo en medio de inmensos dolores.

Por eso, oh hijos de Dios, no apartéis nunca vuestros ojos de esa fiel humildad que el Dios-Hombre llagado tuvo por vosotros. ¡Qué perfecta fue la fidelidad del Creador hacia su criatura por la cual se hizo obediente hasta a las cosas materiales! ¡Por ti solo, oh hombre, se plegó a todas las tribulaciones, a todas las injurias, a todas las infamias, a todas las penas, a todo dolor, a toda muerte!

Carta a un hijo espiritual ²

Hijo mío querido, deseo ardientemente que tú renazcas y

² Según los críticos, esta carta está dirigida a Fray Ubertino de Casale, el más conocido de los hijos espirituales de Angela. Fray Ubertino, fogoso orador, escritor de fama y líder de la corriente franciscana más intransi-

te renueves. Deseo que apartes totalmente de ti toda pereza y toda negligencia; deseo también, hijito mío, que no dejes de orar y velar y hacer toda obra buena, tanto si te fuere quitada la gracia como si la poseyeras.

Es cosa buena, hijo mío, y muy agradable a Dios que con el fervor de la gracia divina tú ores y veles y trabajes y te esfuerces en toda obra buena; pero es más grato y agradable a Dios si, al disminuir la gracia de Dios o al serte quitada, no reduces tus oraciones, tus vigiliass y las demás obras buenas. Realiza sin la gracia las mismas cosas que realizabas con la gracia. De tal manera, hijo mío, si el ardor del fuego divino te solicita y te apremia a veces a orar, velar y obrar, cuando a Dios agrade quitarte ese ardor o ese fuego, por culpa tuya, como sucede a menudo, o para que su gracia en ti se dilate más y aumente, entonces debes esforzarte lo mismo por no rezar menos, ni velar menos, ni disminuir tu empeño en toda obra buena.

Y también si te sobrevinieran la tentación y la tribulación —cosas éstas que sirven para castigar y purificar a los hijos de Dios—, y si te fuese quitada la gracia, entonces esfuérzate lo mismo por no disminuir la oración, la vigilancia, el empeño en hacer el bien, en resistir y luchar contra las tentaciones, para que puedas ganar la batalla. Así, con la continua oración, con tus velas, con tus lágrimas, con tus obras buenas, con tu tenaz insistencia obligarás a Dios a devolverte el fervor y el fuego de su gracia. Tú, hijo mío, haz tu parte, y Dios hará la su-

gente, confiesa que debe su conversión a Angela, de la cual traza un alto elogio: “Dios me hizo conocer a Angela, de la manera más maravillosa y le reveló los repliegues más secretos de mi corazón. Dios me habló por la boca de ella. Ella me restituyó centuplicados los dones de antaño que mi maldad había disipado, tanto que desde ese momento yo fui otro hombre. Mi espíritu se renovó al contacto con los esplendores de la verdad que ella me expuso. Mi tibieza espiritual y mi fragilidad corporal desaparecieron. Gracias a mi encuentro con ella, el espíritu de Cristo volvía a ser engendrado en mi corazón. Dios ha constituido a Angela madre del amor hermoso, del temor salvador, de la grandeza de alma y de elevadas esperanzas para muchos hijos espirituales” (E. Hello, p. 343).

ya. La oración esforzada y violenta es muy agradable a Dios, hijo mío.

He puesto en el Dios encarnado una devoción inefable, dulce y consoladora. Y el mismo Dios en su inmensa piedad me hace volver a ti y mirarte. Me parece que El quiere mostrarme lo que está dentro y fuera de ti, tanto que con renovado e indescriptible gozo me siento identificada contigo y no puedo quitar los ojos de tu persona. Has de saber, hijo, que este amor es tan intenso que ruego a Aquél que lo hizo, que lo modere, porque me parece que ya no me pertenezco a mí sino a ti. Por eso digo dentro de mi corazón: “¿Para qué escribirte, dado que tú eres yo y yo soy tú?”

Si tú, hijo mío, pudieras ver mi corazón, te sentirías completamente obligado a hacer todo lo que Dios quiere, porque mi corazón es el corazón de Dios y el corazón de Dios es mi corazón ³. Anhele que siga acrecentándose la alegría que por ti experimento, y que hallará su cumplimiento en el paraíso.

Lo que más afianza al alma en Dios es el amor, y lo que la hace tierna es el amor. Todo amor tiene su momento oportuno. Pero no te voy a explicar estas cosas, porque sin duda ya las sabes.

Has de saber, hijo, que yo vivo en la más grande languidez. Y esto deriva del amor, porque cuanto más se ama una cosa tanto más se desea poseerla. Y porque yo con toda mi alma deseo verte ante su divina majestad, por eso languidezco. Además, este amor engendra una gran preocupación, y tal preocupación me causa pena, y sufro. Constantemente y con todas las fibras de mi alma siento el temor de que en ti haya algo que te sea impedimento en el camino hacia Dios. Y por eso con toda mi alma te ruego que no apartes los ojos de tu alma del Dios-

³ ¡Qué audacia en estas palabras de Angela! ¡Qué deslumbradora fascinación! ¡Qué profundidad! Angela, llegada en alas del amor a la cumbre de la unión mística y de la transformación en Dios, se identifica con El, con su voluntad y con sus intereses. Con el apóstol Pablo, ella también podía repetir: “*Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí*” (Gal. 2, 20). Y Angela, viviendo en Dios, tiene la autoridad de Dios.

Hombre llagado. Si los tienes fijos en El, El sabrá inflamar toda tu alma. Y si no los tienes dirigidos a El, esfuérzate con todo tu ser por reconducirlos allí y fijar en El tu mirada.

Aún más, hijo mío. Deseo con todo mi corazón que tu mente se eleve a la contemplación del Dios-Hombre torturado. Y esto me llena de alegría. Pero si tu mente no se eleva a la contemplación de ese Dios-Hombre crucificado, vuelve atrás y, comenzando de la cabeza o de los pies, rumia todos esos caminos de la pasión y de la cruz del Dios-Hombre ajusticiado. Y si no puedes retomar y hallar de nuevo estas cosas con el corazón, repítelas frecuentemente y amorosamente con los labios, porque lo que a menudo se repite con los labios, da calor y fervor al corazón.

Si bien necia, yo te suplico, hijo, que el mundo no sea tu sostén. No te apoyes en el mundo, porque el que se apoya en el mundo sufrirá decepciones, dado que el mundo es totalmente falso. Tu apoyo sea el Dios-Hombre que padece. Afirmo con toda certeza que si alguien, por gracia de Dios, llegara a ver al Dios-Hombre paciente, tan pobre y tan colmado de indecibles y continuos dolores, tan enteramente despreciado y aniquilado, sin ninguna duda lo seguiría, aceptando la pobreza y todas las penas de la vida y todo desprecio y toda baja.

Acerca de la gracia divina, nadie puede disculparse por no hallarla y poseerla. Dios, que es generoso, con desbordante generosidad la entrega a todos los que la piden y la buscan.

En fin, hijo mío, sólo ansío que tú estés lleno únicamente del Dios encarnado, y que en tu mente no haya otra plenitud sino la plenitud del Dios encarnado. Y si esa plenitud del Dios encarnado no la puedes tener, al menos procura alcanzar y poseer la plenitud del Dios-Hombre crucificado. Si una y otra te fueran quitadas, no descanses hasta hallar y poseer al menos una de esas plenitudes, porque de ninguna manera se puede vivir sin una de estas plenitudes ⁴.

⁴ Angela nos habla de dos plenitudes: la del Dios-Hombre encarnado y la del Dios-Hombre crucificado. Una es continuación de la otra y las dos admirablemente se integran. Con su Encarnación, el Hijo de Dios incorpora en sí a la humanidad para salvarla, elevarla y divinizarla. Es el fin de la

¡La luz, el amor y la paz del Altísimo Dios estén contigo!
¡La bendición del Altísimo Dios esté siempre contigo, hijo mío! Te saludo en el Dios-Hombre Jesucristo y en la Virgen su Madre. Reza por mi compañera que está muy enferma y que escrupulosamente cumple lo que te prometió. Reza también por mí, vilísima criatura, y por todos tus hermanos y hermanas.

Nos sentimos eternamente obligadas al venerable Padre nuestro y vuestro, Fray Juan, ministro general⁵, por el gran beneficio concedido a nuestras indignas y abyectas personas. El Señor, que sabe recompensar, lo recompense, y te recompense a ti también, hijo.

Carta acerca de las pruebas del alma⁶

Por las pruebas que sufrís, siento por vosotros dolor y envidia. Es signo seguro de que los que están atormentados y atribulados interior y exteriormente son elegidos de Dios. Así fue tratado nuestro Maestro, como lo sabéis mejor que yo. La tribulación que nuestro Maestro experimentó en su alma, ninguna lengua la puede describir, ni corazón pensar; nuestras tribulaciones, en cambio, son muy distintas de las de El. Pese a que nos sintamos flaquear bajo el peso de esas pruebas, hagamos todo esfuerzo por soportarlas pacientemente, para salir

Encarnación. El dolor, la humillación y la cruz son medios o caminos que el corazón misericordioso de Dios eligió para realizar la salvación del hombre. El cristiano por el bautismo se incorpora a Cristo muerto y resucitado, para vivir la nueva vida de hijo de Dios: de adorador del Padre y de salvador de sus hermanos. La vocación cristiana rechaza toda mediocridad y ambigüedad. Es vocación de santidad. Su meta es la "conformidad con Cristo".

⁵ Fray Juan Minio de Morrovalle fue ministro general de la Orden franciscana desde el año 1296 al 1304.

⁶ Esta segunda carta está dirigida a un grupo de religiosos, a los que alienta en las tribulaciones que están sufriendo. Sucesivamente los escritos de Angela circulaban entre todos sus hijos espirituales.

victoriosos. Hasta debiéramos alegrarnos por las tribulaciones temporales, que terminan pronto, y amarlas de todo corazón. Cuando recibimos una tribulación, es señal de que el Amado nos ama y que nos da una prenda de su predilección. Mirad el dolor de ese Hombre desolado y hallaréis el remedio para vuestros dolores: ¡El Hijo de Dios recibió mal por bien!

Tres frutos de santificación produce en el alma la santa tribulación, frutos que desconocemos. El primero es el que convierte al alma. Y si ésta ya está convertida, la afirma más en su conversión y la hace adherir más a Dios. El segundo la hace crecer. Como una buena tierra bien preparada, si viene la lluvia, germina y fructifica, así el alma santa, cuando viene la prueba, crece en las virtudes. En tercer lugar, la purifica, la conforta, y le da paz, tranquilidad, y quietud.

La tribulación es una cosa santa y os es muy útil; y por eso no cambiéis lo que Dios hace. Ella es útil para vosotros, para nosotros y para muchos. Creo con toda mi alma que os recuperaréis con toda certeza y que estas tribulaciones, benditas si bien desconocidas, serán vuestros abogados dignos y nobles y vuestros testigos veraces que serán muy escuchados en presencia de Dios.

Estoy convencida de que nada nos ayuda tan bien delante de Dios como la tribulación. Ni hay nada que nos tenga tan unidos a Dios y a El nos conduzca como la tribulación. Por eso, si tengo por vosotros una santa envidia, no os extrañéis.

Os suplico: no os olvidéis de mí, como yo jamás me olvido de vosotros.

Estoy firmemente convencida, hijos míos, de que la nobleza que nace de la santísima tribulación, es desconocida, porque, si no la buscaríamos afanosamente.

¡La luz de los afligidos esté con vosotros! ¡El amor y la paz del Altísimo estén con vosotros! ¡La bendición del Altísimo Dios, hijitos, esté siempre con vosotros y con nosotros! Todos nuestros augurios se cumplan en Aquél que es la única salvación. Os saludo en el Dios-Hombre llagado y en la Virgen su Madre, y no les seáis desagradecidos. Rezad por mi compañera que está más enferma que nunca, y por mí, vilísima criatura.

Como se debe amar a Dios

Nuestro Dios, el Dios increado, el Dios encarnado, el Bien sumo y perfecto, es todo amor, y por eso ama con todo su ser y quiere ser amado de la misma manera. Y quiere que sus hijos se transformen totalmente en El por el amor. Y llamo hijos suyos, especiales, predilectos, a los que viven con pleno amor, en la gracia y en la caridad, en unión con Dios, Bien perfecto. Todos nosotros somos sus hijos por la creación; pero hijos especiales, predilectos, son aquellos en los que este Dios, que es el Sumo Bien, se complace de manera peculiar por hallar en ellos su propia semejanza. Esa semejanza en el alma de cada uno de los hijos de Dios la conceden, la realizan y la forman, la gracia y el perfecto amor de Dios.

Ya que Dios es bueno y generoso por naturaleza, quiere la totalidad del corazón de su hijo y no una parte, y no admite condiciones o compañías que se le opongan. Pero Dios es tan respetuoso hacia el alma, que si el alma le da todo su corazón, todo lo toma; si le da una parte, toma una parte, si bien el amor perfecto naturalmente exija la totalidad y no una parte.

Sabemos que el esposo, amando a la esposa, en lo íntimo de su corazón, no puede soportar de compartirla con algún otro. Así si el hijo de Dios conociera y saboreara a ese Amor divino, al Dios increado, al Dios encarnado, al Dios crucificado, que es el Sumo Bien, se daría completamente a él, y no sólo se despojaría de las demás criaturas sino también de sí mismo; y con todo su ser amaría a ese Dios de amor, hasta totalmente transformarse en el mismo Dios-Hombre, sumamente amado.

Por eso el alma, si quiere llegar a esa perfección del amor perfecto —que se da todo, y sirve a Dios no en vista de un premio que espera alcanzar en este mundo o en el futuro, sino que se da a Dios y sirve a Dios por Dios mismo que es totalmente bueno y todo Bien, merecedor de ser amado por sí mismo— esa misma alma ha de entrar por el camino recto y caminar con los pies de un amor puro, verdadero y ordenado.

El primer paso o peldaño que el alma que quiere llegar a Dios debe hacer cuando entra por este camino, es el de conocer a Dios en la verdad. Digo conocimiento de Dios en la ver-

dad, no conocimiento exterior, sacado de las lecturas de libros, de palabras, de imágenes o de la semejanza de alguna criatura. Este modo de conocimiento, al decirlo con claridad, es un conocimiento sencillo de Dios. Conocer a Dios en la verdad, significa conocerlo en sí mismo; comprender su esencia, su belleza, su dulzura, su sublimidad, su virtud, su bondad; llegar al Sumo Bien a través de El, Bondad Suprema.

Un hombre culto conoce las cosas en su realidad, mientras una persona simple las conoce en su apariencia. Sobre esta diferencia se puede analizar un ejemplo o una comparación.

Si por un camino se tiraran dos monedas, una de oro y otra de plomo, una persona sencilla recogería la moneda de oro, atraída por su belleza o su brillo y no porque conociera el valor del oro. En cambio, una persona instruida, que sabe distinguir el valor del oro y del plomo, recogería con gran solicitud la moneda de oro y descuidaría la de plomo. Así pasa con el alma: conociendo a Dios en verdad, intuye y comprende que Dios es bueno, y no sólo bueno, sino que es el sumo y perfecto Bien. Y descubriendo que Dios es bueno, lo ama por su bondad; y amándolo, desea poseerlo; y deseándolo poseer, está dispuesta a dar todo lo que tiene y puede tener, y hasta a entregarse a sí misma, con tal de poseerlo a El. Y poseyéndolo, siente y experimenta su dulzura; y poseyendo, sintiendo y gustando con inenarrable gozo ese Sumo Bien y su infinita dulzura, entonces el alma, enamorada de ese dulcísimo Amado, desea conservarlo; y deseando conservarlo, lo abraza; y abrazándolo, lo aprieta a sí, y se hace una con Dios y Dios se hace uno con ella en una embriaguez de dulzura y de amor.

Entonces la virtud del amor transforma al amante en el Amado y al Amado en el amante. El alma, inflamada de amor divino, por la potencia del amor, se transforma en su amado Dios, al que ella ama con toda dulzura.

Como un trozo de hierro incandescente acoge en sí la naturaleza del fuego y se apodera de su calor, de su color, de la fuerza y de la virtud del fuego y casi se vuelve fuego, y se da todo y no en parte, y en esa total entrega de sí mismo queda substancialmente incandescente; así el alma, unida a Dios y con Dios a través del fuego perfecto del divino amor, se ofrece

toda y se arroja en Dios; y transformada en Dios, sin cambiar la propia substancia cambia toda su vida en Dios y por el amor se vuelve casi toda divina⁷.

Es necesario, pues, que preceda el conocimiento, y luego siga el amor que transforma al amante en el Amado, es decir, transforma el alma que ha aprendido a conocer en la verdad y a amar ardientemente, en el Bien conocido y ardientemente amado. Este conocimiento el alma no puede alcanzarlo con sus fuerzas ni a través de otras criaturas. Sólo lo logra a través de la luz divina y de un don especial de la gracia de Dios⁸.

Esa luz y esa gracia divina el alma no las puede alcanzar de Dios, Sumo Bien y Sumo Amor, más rápidamente y más fácilmente, que a través de una oración devota y pura, humilde, constante y violenta. Y entiendo una oración no sólo de la boca, sino de todo el ser, de la mente, del corazón y de todas las potencias del alma y de los sentidos del cuerpo. El alma que quiere y desea descubrir esa luz divina, recurre a tal oración, estudiando, meditando y leyendo continuamente en el libro de la vida, que es la misma vida de Cristo, hasta que vivió en esta vida mortal. Entonces Dios, el Padre Altísimo, muestra y enseña al alma la forma, el modo y el camino, a través de los cuales ella pueda llegar al conocimiento del mismo Dios y llegar a su encuentro a través del amor. Y ese camino y ese magisterio el Padre altísimo los indica y los enseña en su Hijo muy amado.

La mortificación

Digo más, y lo digo con segura verdad. El mismo Hijo de Dios Padre, por un acto de su caridad divina y por el infinito

⁷ Los conceptos de Angela son nítidos y precisos. Si bien transportada en alas del amor hacia los más sublimes éxtasis y si bien sigue vibrando de encendida admiración por la transformación del alma, no hay en ella desbordes panteístas. La divinización del alma deja intactos su ser humano y su personalidad. "Dios perfecciona al alma elevándola, y no la eleva destruyéndola" (Blasucci, p. 269). Dios es un Padre amante, no una fuerza oscura abrumadora y totalizadora.

⁸ Por ciencia bíblica y por experiencia personal, Angela sabe que la

amor que nutre por la criatura racional, es decir, por el alma que es capaz de poseerlo, El mismo se hizo camino y sigue siéndolo durante nuestra vida. El es el camino verdadero, recto y corto, a través del cual toda alma que lo desee, puede caminar con Dios y hacia Dios con breves y limitados esfuerzos y con moderadas penitencias.

Toda alma, que posee la fe, puede ver y conocer cuán pequeña y modesta sea la mortificación en relación a la culpa del hombre y a su merecido castigo, como también en relación al premio que esperamos y a la gloria que nos ha sido prometida. Nuestra culpa fue y es infinita, como es infinita la majestad de Dios que ha sido ofendida; por eso el castigo debería corresponder a la culpa. Pero la majestad de Dios, queriendo llamar al alma a su misericordia, le perdona ese infinito castigo y le dice: “Para poder venir a mí, haz tanta penitencia cuanta yo, el Hijo de Dios, hice en este mundo para salvarte. Entonces yo borraré tus ofensas, perdonaré tus culpas y te libraré de todo castigo”. A todas luces se trata de un gran pacto que la bondad de Dios establece con el alma: “No has de hacer por mí más que lo que yo hice por ti. Y tú no sufres por mi culpa, sino yo por la tuya; y yo sin la esperanza de recibir algún bien, tú con la esperanza de recibir un premio infinito”.

Si quieres, pues, conocer la pequeña, modesta y limitada mortificación que Dios quiere de ti, oh alma, te diré: El te pide tanta cuanta convenientemente puedes hacer. Y quiere que esta mortificación dure mientras vivas en esta vida mortal, no más. Si vives una hora, haz mortificación por una hora; y si vives más, haz más mortificación, porque El quiere que tú te mortifiques mientras vivas y no más, según cuanto está establecido por su justa y ordenada voluntad.

El ejemplo, el modo y la forma de tal mortificación nos son dados y enseñados de manera verdadera y perfecta por la vida de Cristo, por la mortificación que El practicó y por la compañía peculiar que Cristo se escogió durante su vida terrenal.

contemplación infusa, o sea el conocimiento íntimo, directo y sabroso de Dios, es un don del Espíritu Santo. Pero el alma puede predisponerse a ella a través de la oración.

Desde el momento en que el alma de Cristo fue creada e infundida en su sagrado cuerpo, en el seno de su santísima Madre, hasta la última hora en que su alma salió de su sagrado cuerpo por la despiadada muerte de cruz, jamás vivió sin esa compañía. Y en esta tierra jamás le llegó a faltar esa compañía. Lo que no aconteció ni a los apóstoles ni a alguno de sus discípulos, ni a Juan el evangelista, ni a su misma Madre, la santísima Virgen María.

¿Hubo quizás otra compañía que le fuera más fiel, más constante y más amorosa que ésta? Pienso que fue esa compañía la que Dios Padre, según su beneplácito, dio a su Hijo durante su vida terrenal: la compañía de la perfecta, constante y suma pobreza; la del perfecto, constante, y sumo desprecio; y la del perfecto, constante y sumo dolor. Esta fue la compañía que siempre acompañó a Cristo durante su mortificada existencia. Y esa mortificación duró cuanto su vida en el mundo, y gracias a ella subió al cielo según su humanidad. Y según ella el alma puede y debe caminar hacia Dios y en Dios.

Fuera de ese camino no hay otro. Los miembros deben recorrer el mismo camino que ha recorrido la Cabeza. Los miembros deben asociarse a esa misma compañía que siempre estuvo junto a la Cabeza.

La “compañía” de Cristo

La primera compañera de nuestra Cabeza, como se dijo, fue la pobreza voluntaria, constante, suma y perfectísima.

La pobreza tiene tres modalidades: una grande; otra mayor y unida a la primera; la tercera, suma y perfectísima, y unida a la primera y a la segunda. Y si bien esta pobreza tuviera en Cristo los tres grados, todavía en El fue suma y perfectamente una.

El primer grado de la perfecta pobreza de Cristo —que es el camino y el maestro del alma— consistió en que El quiso vivir y ser pobre de todas las cosas temporales de este mundo. No guardó para sí ni casa, ni terreno, ni viñedo, ni posesiones, ni dineros, ni fincas, ni utensilios de cocina, ni otras propieda-

des Y de las cosas de este mundo no tuvo ni quiso poseer otra cosa sino la extrema indigencia de su vida corporal, con penuria y hambre y sed; con frío y calor y mucha fatiga; y con austeridades y asperezas. No utilizó cosas refinadas y costosas, sino bastas y ordinarias que todos utilizaban, según la estación, la ocasión y el lugar, en ese país en el que Cristo habitó y vivió paupérrimamente.

La segunda pobreza, mayor que la primera, consistió en que quiso vivir y ser pobre de parientes y de amigos y de todo afecto temporal. Por eso no tuvo ni un amigo ni un pariente por cuya gracia se le ahorrara al menos una punzada de los clavos, o un latigazo, o una acusación o una injuria. Y tanto se despojó del amor de los parientes y consanguíneos que ni por la madre, ni por un hermano, ni por un amigo, se sustrajo, ni quiso sustraerse a ninguna cosa que agradara o pudiera agradar a la voluntad de su Padre, el Altísimo.

La tercera y suma pobreza consistió en que se despojó de sí mismo, es decir, se hizo pobre de la propia potencia, de la propia sabiduría, de la propia gloria. El que era el Dios increado, el Dios-Hombre, el Dios encarnado y el Dios crucificado, quiso mostrarse y vivir en el mundo como un pobre tipo, sin pujanza, sin prestigio y sin cultura humana, hombre con todos los límites y del más bajo nivel.

¡Oh pobreza despreciada! ¡Oh pobreza expulsada hoy de la tierra casi con clarines por gente de toda condición! ¿Puede hoy hallarse una criatura que pueda gloriarse de estar asociada a tal y tan perfecta compañía? ¡Bienaventurada esa criatura que por su mortificación puede gloriarse de esa compañía, que Cristo en persona quiso acoger para darnos ejemplo.

Pero cómo nos comportamos nosotros, lo vemos y lo sabemos bien. No sólo arrebatamos para nuestras necesidades las cosas temporales con aviesa amplitud, sino que, no contentos de ello, ansiamos lo superfluo. ¡Ay de mí! ¡Sabemos bien cómo el Hijo de Dios estaba vestido, y conocemos en qué lecho fue puesto y descansó en la cruz! ¡Y sabemos con qué bebida fue aliviado y cómo fue asistido, defendido y ayudado por sus amigos y a quién fue asociado! ¡Y sabemos cómo quiso defenderse, y encumbrarse y darse importancia y glorificarse de su

poder y de su sabiduría! De todas veras lo hubiera podido hacer, porque en sí y por sí poseía la potencia, por esencia, gracia y naturaleza. En cambio, nosotros delante de los demás hacemos ostentación hasta de lo que no poseemos. Y por eso nuestra mortificación no sigue el camino justo, porque abandona y se aleja de la primera compañera de Cristo: la santa pobreza.

La segunda compañera, a la cual estuvo constantemente asociada la vida de Cristo en este mundo, fue el voluntario y perfecto desprecio. Quiso vivir en este mundo, y vivió, como un esclavo rechazado, vendido y no rescatado. Y no sólo como un esclavo, sino como un esclavo malo y perverso, cubierto de oprobios y de burlas, atado, golpeado, apaleado, flagelado, y en fin sin motivo condenado y muerto. Y si alguno quería tributarle algún homenaje temporal, siempre lo rechazó con las palabras y con los hechos. Siempre rehuyó los honores mundanos y sólo buscó la humillación y el desprecio, no ofreciendo, de su parte, ni motivo ni ocasión plausible.

¿Se halla hoy alguna persona que prefiera esa compañera y huya de los honores y ame el desprecio? ¿Que quiera ser envilecida y despreciada por el bien que realiza y rechace toda alabanza y elogio? Por lo que sé, no las hay, con excepción de las que, a través del perfecto amor, están unidas a Cristo, su Cabeza.

El alma, llena del amor de Cristo, viendo que su misma Cabeza quiere y ama a esa compañera, también ella la ama y la desea. A veces se encuentran almas que dicen: “Yo amo a Cristo y quiero amarlo; y no me importa si el mundo no me quiere honrar; pero no quiero ni deseo ser despreciada ni pisoteada. Así vivo en constante lucha y temor de que los hombres me traten mal y que Dios lo permita”. Esta alma manifiesta señales de poca fe, poca justicia y poco amor.

Esa alma o cometió alguna culpa por la cual merece soportar castigo, confusión y desprecio —cosa de la que pocos pueden andar exentos—, o no la cometió. Si pecó con obras manifiestas o escondidas, debe prepararse a soportar la pena con paciencia y con gozo y con aceptación del alma y del cuerpo. Y esto por dos razones: en primer lugar, porque en ese castigo y

en esa humillación el alma se purifica de la pena que debe soportar por su propia iniquidad; en segundo lugar, porque ese castigo y esa humillación, soportados y aceptados con paciencia, satisfacen a Dios y al prójimo, según la decisión de la divina justicia.

Pero si no cometió culpa ni con la intención ni con la acción, el alma, si Dios permite tal prueba, debe aceptarla cien veces más con mayor agrado y mayor alegría. Esa pena, esa confusión y esa vergüenza redundan todas en el aumento de la gracia. Y creciendo el mérito de la gracia, crecen el premio y el don de la gloria.

Pero nosotros tememos que Dios, que es bueno, no nos haga crecer más y no tememos que nuestra culpa nos haga disminuir y decrecer. En verdad es así cómo crecen las almas de los santos y de los amigos de Dios. Por eso Cristo amó la humillación y rehuyó los honores, y quiso ser, según el querer de Dios y sin haber cometido ninguna falta durante toda su vida, voluntariamente desechado y despreciado, para enseñar a sus amigos cómo a través del amor se puede crecer en mérito y en gracia.

Esta es la segunda y constante compañera de la vida de Cristo, el cual la amó tanto que jamás quiso separarse de ella.

Si queremos examinar el primer período, el intermedio y el último y todo momento de la vida de Cristo, el Hijo de Dios, no hallaremos más que humildad, una vida sin honores en este mundo y cuajada de desprecios.

La tercera compañera de Cristo, más constante y sentida, fue el dolor altísimo, al cual el alma de Cristo fue en seguida asociada. Su alma, unida con su cuerpo a la divinidad, fue colmada de toda sabiduría. Pero a la vez que Cristo todo lo comprendía, comenzó a recorrer el camino humano ⁹. Desde el seno materno su alma santísima comenzó a sufrir los más exquisitos dolores, debiendo satisfacer perfectamente a Dios no por

⁹ El texto latino dice: "Christus factus est comprehensor statim et viator". Es una expresión técnica de los teólogos y significa que, gracias a su unión con la Persona divina del Verbo, el alma de Cristo, desde el pri-

sus culpas, sino por las culpas humanas, sintiendo, viendo, conociendo y comprendiendo en conjunto y singularmente, todas las penas, y cada una de ellas, que El, luego, debía experimentar y padecer tan dolorosamente en su alma y en su cuerpo.

Su alma santa veía y conocía todos los cuchillos de las lenguas de los hombres, es decir, las palabras cortantes de todas y cada una de las lenguas, por las que debía ser acuchillado en el futuro. Y sabía cuándo, y cuánto, y cómo, y por quién y en cuál lugar debía ser atacado. Y Cristo veía y conocía cómo El, en cuanto hombre, debía ser traicionado, prendido, vendido, abandonado, renegado, atado y ridiculizado, apaleado y flageelado, juzgado y condenado como ladrón, conducido a la cruz, despojado, crucificado, muerto, blasfemado, atravesado por la lanza y herido en su costado. Conocía todos los golpes de los martillos, todas las heridas de los clavos, todos los dolores, todos los suspiros, todos los llantos y todos los lamentos desgarradores de su Madre. Estas cosas su alma santa siempre las tenía en su corazón y las tenía delante de los ojos y las meditaba. Por esto toda la vida de Cristo fue acompañada por un constante dolor.

¿Cómo, pues, puede acercarse a Cristo, que es camino de dolor, esa alma desgraciada que en este mundo siempre quiere tener placeres? En verdad, el alma que estuviera enamorada del Amado, en esta vida no quisiera otro lecho que aquel en el que El descansó. Estoy segura de que María, su Madre, viendo a su Hijo amoroso llorar y morir en la cruz, no le pidió al Hijo sentir dulzura sino dolor. Así un alma que pida a su Amado sentir en este mundo algo que no sea dolor, demuestra tener poco amor.

Toda alma puede comprender bien que a un amo noble le gustan más los servicios de un pobre que fielmente le obedece por amor, sin recompensas ni ventajas, que los servicios de un rico que diariamente recibe abundantes gratificaciones y lo sir-

mer instante, comenzo a distrutar de la vision beatitica, a la vez que em-
prendió la dura marcha de la existencia humana, cargada de dolor, humi-
llación y desprecio, cuya perspectiva final sería la cruz. Como el lector
advierde, éstos son los temas dominantes de las meditaciones de Angela.

ve con la esperanza de alcanzar especiales beneficios. Así el alma, si corre por amor en pos de Dios, cuando experimenta y gusta las divinas dulzuras, tiene menor mérito que el alma que corre en pos de Dios y lo sirve con igual amor, pero sin dulzura alguna y en continuo sufrimiento.

Estas enseñanzas creo que me vienen de la luz divina de la vida de Cristo, que es el camino que conduce, a través del amor, a Dios y en Dios. Ese camino lo recorrió nuestra Cabeza; ese camino deben también recorrerlo las manos, los brazos, los hombros, los pies, las piernas y todos sus miembros. El alma, a través de la pobreza material, hallará riquezas eternas, y a través del desprecio y de la humillación, el más alto honor y la cumbre de la gloria. A través de la mortificación, sufrida con pena y dolor, poseerá a Dios, sumo y eterno Bien, con gozos y consuelos infinitos, si bien, como ya se dijo, el alma debe servir a Dios sólo por El mismo, que bien merece ser amado y servido por toda criatura racional, únicamente por su bondad. ¡Siempre sean dadas gracias a Dios! ¡Amén!

Servir para amar

Hijo, con toda mi alma deseo que tú seas uno que ama y a la vez busca el dolor. Con toda mi alma deseo que tu seas privado de todo consuelo temporal y espiritual. Éste es mi consuelo, y ruego sea también el tuyo.

Yo no entiendo servir ni amar en vista de un premio. Entiendo amar y servir a Dios por su bondad incomprensible. Anhelo, pues, que tú renazcas y crezcas en la aspiración de ser privado de todo consuelo, por el amor del Dios-Hombre desolado.

No te digo nada más que esto: que crezcas en la unión con Dios y que, mientras vivas, sufras hambre y sed.

Una vez, la sierva de Cristo me confió que Dios le había comunicado que, a aquellos por los cuales El padeció, les es leve el sufrir por El. A aquellos por los cuales quiso sufrir el desprecio, les es fácil sufrir el desprecio por El. A aquellos por los cuales quiso morir, les es dulce morir por El.

Dios bendice a los discípulos de Angela

En la fiesta de las Cadenas de San Pedro ¹⁰, mientras esperaba comulgar durante la Misa que uno de vosotros debía celebrar en el altar junto al púlpito que está por el lado derecho de la iglesia de San Francisco, de repente me fue dicho: “Mira: viene el fraile fulano”, —(Angela se refiere a uno de los nueve hijos que estábamos cerca del altar junto a ella)—. Cuando la voz dijo: “Mira: viene el fraile fulano”, yo, dudando, no quise levantar la cabeza para mirarlo, pero volviendo del altar lo vi.

Me fueron dichas muchas cosas relacionadas con ese fraile en particular. Luego de todos en general se me dijo: “Por éstos y por muchos otros tendrás alegría”, ya que había pedido que todos fueran purificados y colmaran mi corazón de alegría. Entonces Dios los purificó a todos y me dijo: “A estos tus hijos, presentes y ausentes, les daré el fuego del Espíritu Santo que a todos los abrasará, y por el amor los transformará totalmente en mi pasión. Pero entre todos habrá una gran diferencia. Los que más se acuerden de mi pasión, tendrán más de mi amor. Y los que tengan más amor, estarán más unidos a mí”. Habló mucho más acerca de esa diferencia; pero ya no lo recuerdo.

Mi alma estaba sumergida en una embriagadora felicidad y en ese momento fue súbitamente arrobada. Y vi a la majestad de Dios de modo totalmente indescriptible, como nunca había sucedido. Veía que Dios abrazaba a todos estos hijos. A algunos los tenía a su lado; y a otros más cerca de su pecho y de su rostro; a otros los tenía completamente abrazados. Y esto pasaba según su diferente transformación en la pasión de Cristo y en su amor. Tanto los primeros como los segundos y los terceros, todos gozaban de Cristo; pero aquellos a quienes tenía totalmente abrazados y estaban con el rostro dirigido a

¹⁰ Era el primero de agosto. Angela estaba en Asís para lucrar al día siguiente la indulgencia plenaria conocida como el Perdón de Asís, junto a algunos hijos de su numerosa familia espiritual, un cenáculo de altas vivencias espirituales formado por religiosos y religiosas.

Dios, gozaban inmensamente más que otros. Y yo estaba colmada de dicha.

A la mañana siguiente quise entrar en la iglesia de la Virgen gloriosa de la Porciúncula, para lucrar la indulgencia. Para ayudarme a entrar en la iglesia, me sostenía de la mano de una mujer. Apenas puse el pie sobre el umbral, mi alma de repente cayó en éxtasis, mientras el cuerpo por las apreturas se detuvo sin poder moverse. Y me solté de esa mujer que delante de mí me ayudaba. Y vi una iglesia de maravillosa belleza y grandeza, súbitamente ampliada por obra de Dios. En ella no había nada de terrenal, sino que todo era inefable.

Mi alma se extrañaba de cómo tan de repente, en el mismo instante en que pisaba el umbral, la iglesia se ensanchara. Yo sabía bien que la capilla de Santa María de la Porciúncula era muy pequeña ¹¹.

Las hijas de la soberbia

Nada nos es necesario fuera de Dios: hallarlo a El y reconducir a El nuestra mente.

Para que el alma sea reconducida a Dios, es necesario interrumpir toda relación superflua, toda charla vana y toda familiaridad inútil, y no tener curiosidad por toda novedad. En una palabra, el alma debe desprenderse de todo lo que la distrae y entrar en sí para pensar en el abismo de sus miserias. Piense en cómo se portó en el pasado y cómo obra en el presente y examine cuál bien podrá ofrecer a Dios. No pase ningún día sin este examen; y, si pasa el día, no pase la noche.

Alma, vuélvete a considerar la misericordia de Dios, cómo Jesús se ha comportado contigo en todas tus miserias. Ten

¹¹ Hay estudiosos que perciben en esta visión de Angela una profecía de la futura y amplia basílica de Santa María de los Angeles, erigida bajo el pontificado de Pío V, para custodiar como un estuche la joya de la pequeña capilla, tan cara al corazón de Francisco y de Clara. Pero quizás más interesante sería relacionar la visión de Angela con el templo espiritual de piedras vivas, de que nos habla san Pedro (1, 2, 4) o con la Jerusalén celestial del cap. 21 del Apocalipsis.

gran cuidado de demostrarle tu gratitud, y no olvides nunca los beneficios recibidos. Guárdate de toda soberbia.

Lucha contra todo deseo de honores espirituales y temporales, toda vanidad, contra la gula y la avaricia. No quieras poseer nada, ni mucho ni poco, que te haga avaro. No vayas en busca de cargos; ni desees la autosuficiencia. Estas cosas son hijas de la soberbia y no permiten al alma elevarse hacia lo alto.

Los dolores de Cristo

En Cristo hubo un dolor indecible, múltiple y misterioso, sumamente desgarrador, que le fue destinado por la inefable sabiduría de Dios. La voluntad de Dios, que es incomprensible y que está eternamente unida a Cristo, reservó para El la cumbre de todo dolor. Cuanto más admirable fue la voluntad de Dios, tanto más intenso y profundo fue el dolor de Cristo. Fue un dolor tan desgarrador, indescriptible, inmenso y dispensado por la voluntad de Dios, que ninguna mente es tan grande y tan capaz de poderlo comprender. La voluntad de Dios fue la fuente de origen de todos los dolores de Cristo: de ella derivaron y en ella se cumplieron.

El Cristo hubo también un dolor que se derivaba de la inefable luz divina que El poseía. Dios, luz inefable, iluminando a Cristo de manera inimaginable, uniéndolo a sí y a su eterna voluntad de manera inexpresable y transformándolo con su misma luz divina, le procuraba un dolor tan grande que es del todo indescriptible. Cristo veía que se le daba una medida infinita de dolor, que, por ser tan excesivo y tan inexpresable, quedaría impenetrable a toda criatura. De ese dolor iluminado por la luz divina, la voluntad de Dios fue la fuente y el origen.

En Cristo hubo también un dolor intensísimo y desgarrador, proveniente de la compasión sobrenatural que El tuvo por el género humano, al que amaba tan profundamente. Cristo con sumo dolor tenía compasión de cada uno, según la medida de los pecados y de los castigos en los que sabía con toda certeza que incurrían o habían incurrido. Cristo amó a cada uno de

sus elegidos de manera inexpresable; y por ese amor entrañable hacia ellos, según la medida de cada uno, sentía continuamente presentes sus ofensas, cometidas o por cometer, y las penas que por esas ofensas debían soportar. Tenía compasión de ellos y cargaba con sus penas con inmenso dolor. Cuanto más entrañablemente Cristo amaba a sus elegidos, tanto más compasiva y dolorosamente soportaba sus penas y dolores, siempre para cumplir la voluntad de Dios.

En Cristo hubo también un dolor proveniente de la compasión por sí mismo. Cristo tenía compasión de sí por la pena dolorosa e infinita que preveía venir sobre sí de manera infalible. Veía que el Padre lo había enviado para tomar sobre sí las penas y los dolores de sus elegidos; sabía que no podía evitar tan desgarrador e indescriptible dolor, y que debía entregarse totalmente a ello; por ese martirio tenía inmensa compasión de sí mismo. Si uno supiera con toda certeza y de manera infalible que caerían sobre sí un dolor y un castigo inmensos, y tuviera siempre delante de los ojos tan dolorosas perspectivas, ¿no tendría compasión de sí mismo, según el conocimiento de sus sufrimientos?

En este momento tú, madre, me interrumpiste para decirme:

Otra cosa muy distinta debería decirte. Esto es mucho más profundo. Pero te hablo así por tu incapacidad de comprender.

Y seguiste diciendo:

Cristo, viendo precipitarse sobre sí el abrumador e inevitable martirio, tuvo compasión de sí mismo transformado en tan agobiadora aflicción.

En Cristo hubo también dolor de compasión por su Madre dulcísima. Pues Cristo amaba más que a cualquier otra criatura a su Madre, porque de ella sola había recibido su carne, y porque ella estaba dolorida por su verdadero Hijo de manera del todo singular, más que cualquier otra criatura, por una capacidad profundísima y nobilísima que tenía y en grado más eminente que cualquier otra criatura, por eso Cristo tenía por ella una compasión inmensamente dolorosa, porque la veía grandemente sufrir. Agudísimo fue el dolor de la Madre, y

Cristo también tomó sobre sí ese dolor. Y también este dolor tuvo su fundamento en la voluntad de Dios.

En Cristo hubo también el dolor de compasión por los apóstoles y discípulos. Tuvo compasión por la inmensa aflicción que ellos debían sentir por la pérdida de su dulcísima presencia física que los colmaba de tanta felicidad. Esa presencia corporal era para ellos fuente de admiración, de amor y de cordialidad. Por eso la muerte de Jesús precipitó en un abismal dolor a su Madre, a los apóstoles y a todos los discípulos. También este dolor tomó sobre sí Jesús, el Dios-Hombre.

En fin, en Cristo hubo el dolor vehemente y desgarrador por su propia alma, tan gentil, noble y delicada. Cuanto más noble y delicada era esa alma, tanto más agudo e intenso fue el tormento que la afligía. Y esa alma nobilísima estaba afligida por los máximos dolores. Todos estos dolores tuvieron su origen en el altísimo e incomprensible designio de Dios.

Y tú, madre también añadiste:

Todos estos dolores de manera indescriptible confluyeron en un inmenso dolor que dilaceró tan intensamente el alma de Jesús, que todo dolor rebotó en su cuerpo, para atormentarlo vivísimamente.

Los cinco cuchillos

Jesús, el Dios-Hombre, fue acuchillado por cinco clases de cuchillos.

La primera clase de cuchillos fue la despiadada crueldad de los corazones endurecidos contra El. Su obstinación era tan continua y violenta que sólo estaban ansiosos de cómo pudieran exterminarlo de la tierra de la manera más cruel e ignominiosa.

La segunda clase fue la de las lenguas de los hombres que vomitaban contra El perversas injurias. Sus corazones llenos de odio no se aplacaban jamás. Por esto decían contra El palabras venenosas y malignas, que rebotaban de sus corazones.

La tercera clase fue la de las iras desmedidas sin ninguna moderación. Sus corazones empedernidos mataban continuamente a Cristo, sus lenguas lo mordían mortalmente, así desahogaban sus iras feroces contra El. Cuántos eran los pensamientos contra Cristo, otros tantos cuchillos se clavaban continuamente en su alma. Cuantas eran las injurias y cuantos eran los furores despiadados contra El, otros tantos puñales atravesaron su alma constantemente.

La cuarta clase de cuchillos fue la obra que llevaron a cabo las malditas maquinaciones, porque se ensañaron en El a su capricho.

La quinta clase fueron esos horrendos clavos que lo clavarón en la cruz. Escogieron clavos gruesos, bastos, ásperos y cuadrados, para que de tal forma los clavos resultaran una tortura inmensa y su malicia quedara saciada. De esa manera Jesús, el Dios-Hombre, nos manifestó algo de su excesivo y del todo indescriptible dolor y nos enseñó que también nosotros debemos compartir su dolor desde lo íntimo del corazón.

Jesús abandonado

Por tres razones gritó Cristo en la Cruz: “Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?” (Mt. 27, 46).

Su grito fue ante todo oración, poniendo de manifiesto a Dios y al Hombre. Como Dios, no podía ser abandonado; pero El, cuando gritó que Dios lo había abandonado en sus tormentos, se manifestó como hombre.

Su grito fue también la síntesis de los dolores superdesgarradores e indescriptibles que El padeció por nosotros. Dios Padre conocía bien los dolores del Hijo, y el mismo Jesús los conocía porque los experimentaba. Entonces sólo por nosotros lanzó ese grito para indicarnos que El soportaba esos constantes y superdesgarradores dolores no por sí mismo, sino por nosotros; y para enseñarnos que debemos compartir sus martirios.

La creación y la formación del cuerpo de Cristo, la infusión del alma y la unión del Verbo se realizaron conjunta y si-